

ALMA MAHLER
“LA NOVIA DEL VIENTO”

Herbert Morote

hmorote@herbertmorote.com

T. 34 657 924 697

® Propiedad Intelectual. Comunidad de Madrid.

© H. Morote/ SGAE, Madrid.

ALMA “LA NOVIA DEL VIENTO”

PERSONAJES

- *Alma. Dama de cierta edad, vestida con una elegante túnica de seda que en momentos permite ver sus piernas. Cubre su pelo con un pañuelo de estilo envuelto como turbante. Zapatos con tacones altos.*
- *Periodista de unos 40 años vestido con traje deportivo, camisa floreada, mocasines claros.*

Durante toda la obra el periodista reaccionará con moderación a las palabras de Alma. Con luces bajas actuará en algunas partes como si fuera el personaje al que Alma hace referencia. En ningún momento hará gestos jocosos o exagerados. Ella por su parte raras veces se dirigirá físicamente a él, hablará principalmente para ella misma, o sea, para todos.

Duración aproximada: 90 minutos

ESCENOGRAFÍA

Una sala de techos altos, pocos muebles de estilo con papeles, libros y carpetas. Un piano si es posible. En las paredes cuelgan algunas pinturas de gran formato de Klimt y de Kokoschka¹. Sobre el suelo se ven algunas cajas de mudanza junto a pocos libros y partituras musicales. A un lado, un sofá sobre el cual hay ropa de Alma y objetos que utilizará como alegoría de la persona a la que se refiere y que después colocará sobre el piano o la mesa. Al otro lado, un cómodo sillón en diagonal al público donde está sentado el periodista que sostiene un cuaderno en el que toma apuntes o lee. La iluminación recae sobre el centro del escenario dejando las paredes oscuras en caso de que se decida proyectar algunas pinturas de Klimt o de Kokoschka.

¹ Alternativa a estas pinturas puede ser su proyección en gran formato a un lado de la sala.

ALMA “LA NOVIA DEL VIENTO”

ESCENA 1. APERTURA

El telón está levantado cuando entra el público.

Escenario con luz tenue. Se oye algo de Mahler, por ejemplo el adagietto de su V Sinfonía. Pasan los minutos, el periodista muestra su disconformidad por la tardanza mirando su reloj y cerrando y abriendo su cuaderno. Todo con circunspección y medida.

Se ilumina el escenario cuando Alma entra con gran estilo. El periodista se levanta de un salto y deja caer su cuaderno.

ALMA: ¡Oh, Dios mío!, siéntese, siéntese por favor. Ah..., usted es el periodista... ¿Teníamos una cita, verdad? ¿Ha esperado mucho?, ¿un cuarto de hora?, ¿más...? ¿Más de media hora? Qué horror, cómo pasa el tiempo, me avisaron de su llegada pero en ese momento..., no sé..., el tiempo vuela... *(Acercándose a él con una cálida y sugestiva sonrisa, le ofrece su mano para que la bese pero él no sabe qué hacer con ella y la menea levemente. Alma no se da por enterada de la confusión.)* Usted perdonará mi retraso ¿verdad que sí?, gracias. Por favor tome asiento. ¿Le han ofrecido algo para beber? ¿De verdad no desea nada? Pobre, haberme esperado tanto..., y temo que sea en vano porque no creo que mi vida tenga algún interés en estos tiempos donde la cultura vale tan poca cosa, ¿no es así? Después de la guerra lo único que importa es la diversión mundana, cotilleos sobre la vida íntima de los políticos o de las estrellas de Hollywood, en fin... *(Pausa)* Usted sabrá que rara vez concedo entrevistas y si acepté la suya es porque me lo pidió mi antiguo amigo, Thomas Mann. Oiga, me gustó mucho el artículo que hizo sobre él en el 30 aniversario de su premio Nobel. ¡Qué barbaridad, cómo pasa el tiempo! *(Pausa)* Sobre las preguntas que me envió para esta entrevista, *(cogiendo un papel de la mesa y dejándolo con cierto desprecio)* le ruego que las dejemos de lado porque parecieran hacerse eco de la imagen que algunos envidiosos machistas han deseado crear sobre mí. ¡Qué vergüenza! La verdad es que esas falsedades, aunque molestas, no me afectan. Mis amigos íntimos, la gente que me conoce bien, tiene constancia de que Alma, o Alma Mahler como generalmente me llaman, ha sido siempre una esposa abnegada. *(Cambiando bruscamente de tono al mirar a su alrededor)* Como puede ver estoy mudándome, me voy a Nueva York. Después del fallecimiento de mi tercer esposo, el escritor Franz

Werfel, no quiero quedarme en California, me deprimetanto la superficialidad de la gente de Hollywood como las diáfanos jóvenes que corren de un lado a otro de la playa exudando más energía que hormonas sin el menor atisbo de esa sofisticación femenina que nos hace atractivas e independientes. California no es para mí, me voy a Nueva York donde cada cual encuentra lo que quiere. *(Pausa)* ¿Qué quiero yo? Yo quiero ser simplemente Alma, no la viuda de, ni la esposa de, ni la amante de y menos la musa de. Quiero por fin recobrar lo que siempre aspiré a ser: una mujer que responde al nombre de Alma.

ESCENA 2. EL PADRE

(Mostrando una pila de cartas sobre la mesa de recibo) Como puede ver todavía no estoy totalmente olvidada, recibo cartas de todas partes. En un comienzo las leía y con ayuda de mi secretaria respondía a las más interesantes, hasta que llegó el momento en que dejé de hacerlo porque en su mayor parte son repetitivas. Las más atrevidas desean indagar en mi intimidad, intimidad sexual para que me entienda. ¡Habrás visto tal descaro! Otras se contentan con manifestar un saludo o pedir alguna aclaración sobre eventos del pasado que ya he olvidado o quiero olvidar. Por supuesto no faltan cartas en las que me declaran un apasionado amor sin darse cuenta de que ahora, con mis años... *(Pausa)* Lo que más me sorprende es que, de una manera u otra, todos quieren saber a cuál de los hombres he querido más o si les he amado realmente. Apostaría que a usted también le interesa lo mismo ¿verdad que sí? *(Pausa)* Ya lo imaginaba. *(Silencio)* ¿Sabe usted quién es el hombre a quien más he amado en la vida? *(Pausa)* ¿Al compositor Gustav Mahler² como muchos creen? No, hombre, no... ¿Al pintor Klimt...³?, tampoco. ¿Al también formidable pintor Kokoschka⁴ o al famoso arquitecto Gropius⁵?, ¿o quizá aquel

² Mahler: toma una batuta o se sienta en el piano o se acerca a él.

³ Klimt: se proyecta el cuadro *El beso*, o se coge una paleta de pintura.

⁴ Kokoschka: se coge una paleta de pintura, o se coge una muñeca, o se proyecta el cuadro *La novia del viento*.

Monseñor ⁶ a quien creían podía ser cardenal de Viena pero perdió la cabeza por mí? No. No es necesario que siga usted buscando nombres. Escuche bien estimado amigo: el hombre a quien más he amado en la vida ha sido mi padre. Y no solo es al que más he amado sino que es el único al que he amado realmente. Anótelo bien, ¡al único! ¡Nadie como él, nadie como Emilio Schindler! Ninguno de los otros le han llegado siquiera a la suela de sus zapatos, ni Mahler con todas sus sinfonías, ni Klimt con su *art nouveau*, ni Gropius con su reforma de la arquitectura, ni menos Kokoschka. Mire usted, ni el célebre escritor Franz Werfel⁷, mi último marido, llegó a conquistar mi corazón como lo hizo mi padre. *(Pausa)* ¿Qué tenía él que no tuvieran los otros? Pues muchas cosas que sería largo de enumerar, pero la cualidad más importante es que mi padre siempre me trató con respeto. Sí, respeto. Recuerdo que desde muy pequeña mi padre me hablaba como si yo fuese la persona más valiosa de la tierra. ¿No le parece maravilloso que a una la traten así? Mi padre me hizo sentir que yo era importante para él, para él y para el mundo. *(Pausa)* ¡Qué hombre tan maravilloso! ¿Se imagina usted la alegría que me dio a los ocho años cuando me regaló un piano⁸? ¡Qué felicidad! Él se había dado cuenta de mi talento musical y el tiempo demostró lo acertado que estaba. Recuerdo que después de practicar al piano, subía a su taller de pintura donde me recibía con agrado y me hacía sentar a su lado para compartir lo que intentaba plasmar con su paleta, así como sus frustraciones cuando no conseguía el tono, el rasgo, la fuerza o la expresión que buscaba. Allí sentadita, junto a él oía sus razonamientos y créame que los entendía, y cuando no comprendía preguntaba sin rodeos porque sabía que su reacción iba a ser amable y esclarecedora. *(Pausa)* ¿Empieza usted a comprender por qué mi padre fue el hombre al que más amé? Ningún otro ha tenido la virtud de hacerme sentir merecedora de su arte. ¡Ah..., qué delicadeza tenía para educarme sin hacerme sentir ignorante! Él lograba que lo acompañara en la búsqueda de su empeño por plasmar la poesía del paisaje. Sí: la poesía del paisaje. Le pondré un ejemplo: yo tendría unos 10 u 11 años y él estaba

⁵ Gropius: se coge una maqueta de un edificio con techo plano. O se proyecta alguna obra de él o de la Bauhaus.

⁶ Monseñor Hollesteiner: un crucifijo o un ornamento religioso.

⁷ Franz Werfel: libros de poesía.

⁸ Se oye muy bajo un fragmento de "Para Elisa" de Beethoven.

acabando un hermoso cuadro donde se veía partir de un solitario muelle una embarcación que comenzaba un viaje apacible por el Danubio⁹. Al margen del río se alzaban robustos árboles sobre suaves colinas. ¡Ah, qué paz transmitía todo! *(Pausa)* Sin embargo, entrando bien en la escena uno no resiste a preguntarse ¿a dónde va el barco?, ¿a quién lleva?, ¿qué hay detrás de aquel lejano recodo? En esa embarcación voy yo pero se han cambiado las miradas, ahora son los árboles y las montañas las que me ven pasar y me advierten que quizá haya alguien que me espera más adelante. ¿Quién será?, ¿el encuentro me traerá amor o desasosiego? *(Pausa)* De pronto el apacible paisaje produce cierta inquietud. La paz de nuestra primera mirada se trastoca, y aunque es el mismo paisaje ahora produce impaciencia por saber lo que a una le espera en el próximo muelle¹⁰. *(Silencio)* ¡Ah..., cuánto me enseñó mi padre sobre el aprecio al arte, a la música, a la cultura!

ESCENA 3. Primeras lecciones: madre. Fausto. Suicidio del heredero del Imperio

¿Mi madre...? Claro que la quise pero de otra manera. Ella tenía gran talento musical pero abandonó su carrera de soprano al casarse y quedarse pronto encinta. Bueno, realmente ya estaba embarazada de mí cuando se casó, ejem, ejem. *(Pausa)* Por esos años la educación formal era exclusiva de los hombres; si tenían suerte, a las mujeres se les enseñaba en casa. Las familias que tenían recursos contrataban preceptores; en nuestro caso fue mi madre la que me dio las primeras lecciones. Más adelante me pusieron preceptores a los que hacía la vida imposible y acababan por marcharse, ja, ja, ja. Por supuesto que a mí me hubiera gustado ir al colegio y luego al instituto, y más adelante a la universidad, pero el acceso de las mujeres a la educación estaba prohibido en el culto Imperio austrohúngaro. Pero lo que quería contar es que un día mi padre me regaló *Fausto*, el libro de Goethe. ¡Ah... cuánto agradecí a mi padre el tiempo que dedicaba a comentar el libro a pesar de las advertencias de mi madre por considerar que era muy pequeña para aprender las maldades del

⁹ Se oye la lejana sirena de un barco. Por ejemplo: <https://www.youtube.com/watch?v=3bKWe-NVEd8>

¹⁰ Se vuelve a escuchar la sirena.

hombre! No se imagina lo que sufrí por la inocente Margarita embaucada por el malvado Mefistófeles y por el sabio Fausto que se enamoró de ella. *(Pausa)* ¿Habría tenido Fausto influencia en mi vida? Sin duda me puso en alerta sobre el abuso en que las mujeres solemos caer. *(Pausa)* Para entonces nuestra familia comenzaba a salir de la pobreza gracias a un mecenas que apoyó a mi padre y permitió que sus cuadros comenzasen a ser apreciados por coleccionistas. Fue así como el príncipe Rodolfo de Habsburgo, heredero único de la corona del Imperio austrohúngaro, se quedó prendado de su estilo y le propuso publicar juntos un libro que se titularía *La monarquía en palabras y en imágenes*. El príncipe escribiría el texto y mi padre haría las ilustraciones. El libro sería espectacular, tendría todo el apoyo económico y técnico del Imperio. Así fue como se puso en marcha un peregrinaje por sitios idílicos de Austria. Nuestra familia fue invitada a acompañar a mi padre y, aunque nunca estuve cerca del príncipe, pude atisbar bien su viril figura¹¹ y los finos ademanes con que trataba a la preciosa joven que siempre estaba a su lado. Decían que era su última amante, se llamaba María Vetsera. Por entonces ella tendría 16 años y él 29. ¡Cuántos cotilleos suscitaba la pareja!, porque al príncipe ya se le conocían varias amantes aunque estaba casado con una princesa belga. El caso es que meses más tarde, no sé cuántos ya, nos llegó la terrible noticia¹²: que el príncipe se había suicidado y había logrado convencer a su joven amante de suicidarse con él.¹³ *(Pausa)* ¿Se imagina usted todo lo que esas muertes representaron para mí que en esos tiempos tendría diez añitos? ¿Si el príncipe deseaba quitarse la vida por qué no se mató él solo? ¿Qué culpa tenía la jovencita de sus desavenencias políticas o de sus adicciones? *(Pausa)* ¡Oh, cuántas noches estuve sin dormir dando vueltas en la cabeza a todo esto! ¡Oh, cuántas advertencias y lecciones suscitaba esa tragedia! Recuerdo también como mi madre lloró desconsoladamente al enterarse de que la reina Sissi se desmayó ante el cadáver de su hijo. Sí, sí, la famosa y querida reina Sissi era la madre del suicida, él era su único hijo varón. *(Pausa)* ¡Qué desgracia!, ¿verdad? ¡Y cuántas lecciones para una niña! *(Pausa)* Tres años después

¹¹ Luces bajas solo en el centro del escenario. El periodista imita los movimientos elegantes del príncipe

¹² Es oyen dos espaciosos y fuertes disparos.

¹³ Regresan las luces con el periodista sentado en su sillón.

falleció mi padre. Un mal diagnóstico acabó con el hombre que más he amado. Ninguno de los sabios que lo trató de su malestar estomacal se dio cuenta de que era una apendicitis. Él tenía apenas 50 años y yo 13. Todavía recuerdo su hermosa cara reposando en el ataúd. Parecía que me decía “no te preocupes Alma, eres una gran persona y encontrarás alguien que te aprecie tanto como yo”. (*Repite lentamente*) “Encontrarás alguien que te aprecie tanto como yo”. ¡Qué gran aventura, me esperaba la orfandad!: tenía que buscar a alguien que me apreciara, que respetase mis inquietudes, que me ayudase a lograr lo que buscaba. Y a ese hombre lo he buscado con afán el resto de mi vida.

ESCENA 4. PRIMERA EXPERIENCIA

La viudez le duró poco a mi madre, al poco tiempo se casó con Carlos Moll, el pintor discípulo de papá que venía acompañándonos muchos años. ¿Habrían sido ya amantes? Quizá, pero en ese tiempo no me lo pregunté, su presencia me era familiar y lo acepté resignada. Una de las primeras cosas que hizo Moll fue dejar la casa que teníamos en el campo que tanto disfruté con mi padre. Nos fuimos a vivir a un barrio residencial de Viena donde Moll y mi madre acogieron a artistas, compositores, escritores, cuyas charlas escuchaba algo escondida en el rellano y después, cuando empecé a hacerme señorita, pasé a ser amablemente acogida en sus tertulias y fiestas. (*Pausa*) Algo estaba ocurriendo a mi alrededor. Comencé a sentir que los hombres me miraban de manera distinta. No era tonta, mi madre me advertía constantemente de los peligros a que se exponía una joven de buen ver como venía siendo yo. (*Pausa*) La primera sorpresa me la dio un prestigioso cronista cultural que obtuvo el consentimiento de mis padres para actuar como mi tutor intelectual. Él pasaba de los 40 años y yo tenía unos 16 o por ahí. Su tutela me permitió familiarizarme con filósofos como Platón o Nietzsche, en música sobre todo Wagner y Beethoven. Mi guía era tan generoso que tuve que ampliarme estantes para acomodar los libros con que me obsequiaba. Todo iba bien hasta que una noche al salir de la ópera, ese señor tomó mis manos entre las suyas y con voz temblorosa me declaró su amor e intentó besarme. Yo no supe qué hacer, sentía hacía él cierta atracción, la atracción que produce alguien a quien admiras por su intelecto y a quien escuchas embobada por su sabiduría, ah... pero de allí a amarlo, o desearlo sexualmente hay una enorme distancia. Entonces ¿qué debía

hacer? Por un lado no quería herirlo, por otro no podía aceptar sus pretensiones, así que con la más tierna de mis miradas le pedí dulcemente tiempo para pensar. No tengo que contarle cómo en los siguientes meses mi tutor aumentó sus cortesías y halagos. Al mismo tiempo empecé a darme cuenta de que era apreciada con especial encanto por otros hombres fuera la que fuera su edad, ¿sería que mi cuerpo comenzaba a cambiar de forma, o comenzaba mi educación a interesar a los hombres?, ¿no sería acaso que mis modales, la elegante manera vienesa de comportarme, hacía que las miradas tornasen hacia mí cuando entraba en un salón? *(Pausa)* ¡Pobre mi maduro admirador!, todavía oigo sus súplicas por un beso, por una caricia, también recuerdo sus reproches y hasta cierto enfado que rozaba la violencia cuando yo eludía sus avances. Finalmente me cansó y no quise verlo más. *(Pausa)* Luego supe que la ruptura le causó un penoso malestar, ¿pero qué podía hacer yo? *(Pausa)* Muchos vieron en ese incidente una incipiente maldad mía. Me acusaron de haber insinuado con mis modales mayores concesiones. ¿Yo...? ¿Haber insinuado mayores concesiones cuando lo miraba quizá embelesada mientras me explicaba con pasión la trascendencia de algún filósofo? Dígame usted, ¿tiene una que ceder su honor a todo aquel a quien admira por su cultura o arte? ¿No, verdad? Oiga, no fue fácil, yo lamento mucho el dolor que causé a mi culto tutor, pero más dolor hubiera tenido yo si hubiera accedido a sus deseos.

ESCENA 5. KLIMT

No crea usted que la mala experiencia con el tutor cortó mi interés por los hombres, lo contrario, empecé a ver con mejores ojos a los que me rodeaban, sentí que los atraía sin yo quererlo. ¿Sería acaso que había adoptado la coquetería de las jóvenes vienesas que tantas pasiones levantaban? Honestamente no lo sé. Tampoco me importaba mucho porque mi verdadero interés era cultivar el talento musical que mi padre había despertado en mí¹⁴.

¹⁴ *Se oye como fondo el movimiento III de la Appassionata de Beethoven*

Las clases de piano se convirtieron en una obsesión, me pasaba horas y horas practicando, pero llegó un momento en el que sentí necesidad de crear mi propia música y con la ayuda de un maestro en composición me inicié en ello. Compuse varios *lieder*, canciones, que causaron gran impresión en los cultos amigos que visitaban la casa. ¡Ah..., qué orgullosa me sentía cuando mi madre las cantaba y yo la acompañaba al piano.! Sí, esa era mi pasión, crear, componer música y nadie podría privarme de ello. Fue entonces cuando sucedió lo de Klimt. *(Pausa)* En ese tiempo Klimt conmocionaba el arte vienés con pinturas de atrevidos desnudos¹⁵ y decoraciones despampanantes en edificios públicos. Klimt era amigo de la casa. Él y mi padrastro Moll organizaron el revolucionario movimiento secesionista que reclamaba espacios para exponer sus obras que hasta ese momento estaban acaparadas por los pintores clásicos de la corte. *(Pausa)* Por entonces el arte de Klimt gozaba de la admiración de todos, pero no solo su obra, él en sí era hermoso, viril, además se vestía con un atractivo descuido que lo hacía muy especial. *(Pausa)*

¿Entiende usted lo que digo o asiente sin entenderlo? Dije que vestía con un atractivo descuido. *(Pausa)* Pues bien, yo veía a Klimt como algo inalcanzable, muy lejos de mis incipientes artes seductoras. Es más, pocas esperanzas tenía yo de conquistar a alguien que tenía fama de acostarse con sus preciosas modelos. Además él me ignoraba olímpicamente cada vez que había ocasión. Finalmente un día, durante un paseo familiar por los bosques de Viena, me atreví a lanzar una opinión contraria a la suya respecto a no sé qué, entonces vi que Klimt reparó por primera vez en mí, me miró fijamente, me observó un buen momento como si estuviera estudiando mi rostro, mi cuello, mis senos, luego sacudió su cabeza y con una mal disimulada sonrisa me dijo que esa era una opinión propia de una jovencita caprichosa. ¿A qué venía eso, de qué hablaba?, ¿yo, jovencita caprichosa? Por supuesto que me indigné a tal punto que no supe qué responderle. Ay, estaba tan enfadada que no pude dormir esa noche dándole vueltas a su reproche. Finalmente concluí que Klimt estaba interesado en mí. Sus palabras eran solo la manera de provocarme para entrar en una conversación más personal, más íntima. Los siguientes días fueron espléndidos, mi intuición femenina se confirmó, sentí que en las reuniones

¹⁵ Se pueden proyectar algunas pinturas de Klimt.

hacía maniobras para estar cerca de mí. Yo por mi parte también colaboraba para que se me acercase, me atraía todo de él, todo. *(Pausa)* Usted no se puede imaginar la atracción que despierta en una joven de 18 años la cercanía de un bello ejemplar masculino de 35 años como Klimt tenía entonces. Todo bullía dentro de mí, quería explotar. Muchas veces hubiera querido saltar a sus brazos y dejar que me poseyera con todo el vigor de su cuerpo, de su carne y, aunque no pasaba nada, la complicidad de nuestras miradas lo decían todo. Él era mío y yo suya. Poco me importaba su reputación de mujeriego, Klimt tenía que poseerme y yo dejarme hacer todo, todito. Estos pensamientos los escribíasin pudor en mi diario porque a alguien tenía que contárselo. *(Pausa)* Por fin llegó la gran oportunidad, mis padres planearon un viaje de estudio por Italia y lo invitaron. Él dijo que nos daría alcance en Nápoles para ver las ruinas de Pompeya pero al llegar nos enteramos de que un compromiso lo retenía en Viena, luego tampoco pudo unirse a nosotros en Roma ni en Florencia. En cada retraso mi deseo aumentaba por sentir su piel, su calor, su fuerza. Llegó por fin la carta en que decía que nos encontraría en Génova, ¡Ay Génova de mis amores! Era de mañana, estaba yo a punto de salir de mi habitación cuando él abrió la puerta y sin decir una palabra me abrazó y besó ardientemente. Era el primer beso en la boca que me daban, ¿recuerda usted su primer beso? Yo sí, me sentí en el paraíso, qué dulce fue y qué sensual anticipación a todo lo que seguramente vendría después. Desgraciadamente ese primer beso duró solo un instante porque oímos las voces de mi madre que se acercaba y aunque la magia se esfumó, el sabor de sus labios, de su lengua, no se fueron nunca de mi memoria. *(Pausa)* Pasaron varios días y por más que urdíamos la manera de estar juntos mi madre siempre se las arreglaba para estropear nuestro encuentro, mi entrega. Ya estábamos en Venecia cuando por fin pudimos escabullirnos por una silenciosa callejuela donde Klimt me hizo sentir el calor de su cuerpo entre mis piernas. Yo casi pierdo el sentido. ¡Qué emoción! ¡Qué gozo es abandonarse a las circunstancias! No pudimos ir más lejos esa noche pero nos prometimos consumir nuestro amor apenas llegáramos a Viena.

Rara vez las cosas salen como se espera, mi relación con Klimt no fue la excepción, resulta que la entrometida de mi madre encontró mi diario y horrorizada de leer mi pasión por Klimt formó tal escándalo en casa que mi

padrastra no tuvo otra alternativa que encarar a Klimt y arrostrarle las más graves de las acusaciones: se había aprovechado de la generosa amistad que se le había ofrecido para seducir a la inocente jovencita de la casa. Sí, él, Klimt, conocido mujeriego, que además tenía una relación carnal estable con una conocida modista y que estaba atado a su madre y a su hermana, ambas incapacitadas, sí, ese Klimt había osado tal cosa. ¡Qué vergüenza! ¡Qué infamia! ¡Qué traición! *(Silencio)* Uf... el resultado de todo aquello fue que Klimt en una carta de varios folios pidió perdón por su tropelía y prometió no volver a verme. *(Pausa)* Mi padrastra me mostró la carta y leí cómo el cobarde de Klimt se retractaba de la manera más pueril. ¡Qué decepción! ¿Dónde había quedado su pasión, su hombría? Y yo tan tonta había estado dispuesta a ser suya en cualquier momento. *(Pausa)* No lloré su pérdida mucho tiempo, al contrario me alegré de no haber consumado mi entrega a un traidor. Mi desprecio se lo hice notar tratándolo con total normalidad las veces en que lo encontré luego. *(Pausa)* Pasados tantos años, he cambiado de opinión, supe que no podía casarse conmigo ni con nadie, había heredado de su padre una cruel enfermedad venérea. *(Pausa)* Klimt murió al final de la Primera Guerra Mundial, tendría unos cincuenta y tantos años. *(Pausa)* Felizmente mucha de su obra sobrevivió a la censura nazi como también sobrevivió en mí su primer beso¹⁶.

ESCENA 6. ZEMLINSKI

La decepción amorosa con Klimt me hizo ver entonces que lo verdaderamente fiel, lo único fiel a una es la música. Una creación musical nunca te abandonará, será eternamente tuya como es la ópera *Tristán e Isolda* a Wagner o la *Quinta sinfonía* a Beethoven. Por eso a los 20 años decidí dedicarme por entero a la composición musical, comenzaría con *lieder*, canciones, e iría progresando hasta escribir una ópera. Sí, una ópera, yo, ¿por qué no? ¿Por qué una mujer no puede escribir una ópera? ¿Acaso solo los hombres pueden hacerlo? Pues no. Yo seré la primera, me dije, y abriré las puertas de la composición musical a otras mujeres con talento. *(Pausa)* Lo

¹⁶ Proyectar la pintura de Klimt, *El beso*, o iluminarlo si estuviera colgado.

primero que hice fue cambiar de maestro, porque el que tenía, aunque bueno, no era el mejor de Viena. El mejor, todo el mundo lo decía, era Alejandro Von Zemlinsky¹⁷. Zemlinsky tendría entonces cerca de 30 años y era un genio, había estrenado un par de óperas, dirigía la orquesta de un prestigioso teatro y daba clases de composición a un grupo selecto de estudiantes. ¡Ah... qué maravilla! Muy bien Alma, me dije, tienes que conocerlo y contratarlo. *(Pausa)* No sabe usted lo que costó convencerlo. No, no lo sabe. Mi primer intento fue durante una cena que ofreció mi amiga Berta a la que rogué que me sentara al lado de Zemlinsky. *(Pausa)* Yo lo había visto varias veces dirigiendo orquestas, pero tuve una gran decepción al tenerlo cerca. Como hombre, Zemlinsky era poca cosa, delgado, ojos pequeños, sin mentón, sin garbo, lo opuesto a Klimt, sin embargo ese adefesio se esfumó cuando hablamos sobre Wagner, ¡qué acertados y brillantes fueron sus comentarios! *(Pausa)* ¿Ha conocido acaso a personas feas físicamente que tienen un trato tan amable que uno se olvida de sus rasgos físicos? Pues Zemlinsky era una de aquellas personas, imagínese que antes de que acabara la cena hablábamos con tal cordialidad que hasta le encontré cierto atractivo. *(Pausa)* Confieso que posiblemente exageré mis ademanes rozándole con delicadeza su pierna, no sé..., quizá le habré hecho algún otro gesto insinuante. El caso es que cuando terminó la cena se atrevió a ofrecerse para acompañarme a casa y yo, recuperando mi compostura, me negué a ello, ¿Qué se habría creído?, ¿que así, sin más, me dejaría acompañar por un hombre al que acababa de conocer y que además no era atractivo? No señor. *(Pausa)* Ay... el pobre Zemlinsky se fue desilusionado maldiciendo posiblemente su osadía. Bien, pero yo me quedaba sin maestro y eso no era posible, así que días más tarde le escribí pidiéndole que me diese clases. Él no respondió, estaría indignado, molesto. Su silencio no me desanimó e insistí en solicitarle clases por todos los medios. En cada ocasiónle pedía de manera humilde y a la vez insinuante que me enseñase los secretos de la composición musical, hasta que una tarde posiblemente hartado de mi insistencia me dijo con un tono muy serio que él solo daba clases ¡a hombres jóvenes con talento! Imagínese, ¡solo a hombres jóvenes con talento! Estuve a punto de insultarlo pero me contuve e hice como si no lo hubiera oído,

¹⁷ Al hablar de Zemlinsky coge en un momento una partitura musical de gran formato, o también puede poner sobre la mesa un metrónomo.

más bien bajando coquetamente los ojos le dije con el tono más humilde que pude que yo creía que tenía talento musical y que lo invitaba a casa para que me diese su opinión sobre piezas que había compuesto y que tocaría y cantaría solo para él, solo para él, y dejando mis labios entreabiertos esperé su respuesta. *(Pausa)* Claro, cedió, no podía rechazar tal ofrecimiento y a los pocos días se presentó en casa con un precioso ramo de flores. Pobre Zemlinsky. La verdad que al comienzo me costó cierto esfuerzo familiarizarme con su ridícula figura. Sin embargo su carácter y más que eso su sabiduría fue ganando poco a poco mi corazón. En lo musical me hizo dar un gran salto, la atracción que sentía por mí no lo eximía de ser exigente y duro en sus críticas. Muchas veces reñíamos, en otras estábamos tan compenetrados el uno con el otro que tocábamos a cuatro manos piezas de Wagner. ¡Ah... qué felicidad! Llegó un momento en que no reparé en su figura sino en su gran talento y un día en el que Zemlinsky me enseñaba al piano los secretos de una partitura me aproximé a él tanto que rocé sus hombros con mis pechos. Él se volteó hacia mí con cara de sorpresa y yo le ofrecí mis labios. Fue un beso largo, un beso eterno, pero, la verdad, lejos de los besos de Klimt, esos sí levantaban en mí todos los deseos. *(Pausa)* ¿Comprende usted? No lo creo, para eso tendría que ser usted una joven ardiente como yo era a los 19 años. Pero no se confunda, mis deseos no quebrantaban la castidad, eso lo tenía muy claro desde hacía tiempo, desde ese *Fausto* donde a Margarita le aconsejaron no ceder sus favores a nadie que no le ofreciese antes un aro de matrimonio. La defensa de mi virginidad estaba consolidada por mi educación católica y los claros consejos de mi madre, ella sabría bien por qué. *(Pausa)* En fin, con Zemlinsky pasé de tiernos besos y de algunos abrazos en los que sentía su cuerpo entre mis piernas, piernas que un día le permití que me besara y sintiera así el aroma de mi intimidad. Pues sí, un día me besó las piernas pero no le permití ir más arriba, entonces él, desesperado, me imploró que fuese a visitarlo a su departamento. En ese momento le dije que iría sabiendo que no lo haría nunca.

¿Yo entregarme a Zemlinsky?, por favor... Lo que hice fue regalarle una fotografía mía y cuando la recibió, según me dijo él después, lloró de emoción y besándola la puso sobre su piano de cola. Pobre Zemlinsky, no sé cómo no se daba cuenta de que nunca dejé que me acompañara a ningún acto social. Oiga, para mí Zemlinsky era un magnífico maestro que me fascinaba durante el

embrujo de sus lecciones, pero una vez que terminaba el hechizo lo veía tal cual, poco agraciado y desaliñado. Por otro lado la Viena del fin de siglo, era esa fulgurante Viena decadente donde los valeses de Strauss hacían furor en las fiestas. ¡Ah... qué mimada estaba yo! No había evento importante al que no me invitaran, y claro, era el centro de atracción de los hombres. Figúrese usted que en una semana recibí formalmente dos propuestas de matrimonio, una de ellas de Félix Muhr, un atractivo vienés bien educado, proveniente de una aristocrática familia con mucho dinero. A ninguno les dije que no, tampoco que sí, y preferí salir de vacaciones con mi familia. Ah..., cómo me acribillaba Zemlinsky con sus amorosas cartas... Todos los días recibía una, a veces dos. En unas imploraba mi amor y ofrecía su esclavitud para adorarme el resto de mis días, en otras, las que más tristeza me daban, reconocía su poca presencia física y su limitada economía, y me pedía que le dijese abiertamente que no lo quería ver nunca más porque era insufrible el martirio de no saber si lo amaba o no. *(Pausa)* En fin, cuando regresé a Viena y conocí a Gustavo Mahler todo el asedio amoroso del pobre Zemlinsky y de otros pretendientes desapareció de mi vida. *(Silencio)* Aunque la verdad no del todo, porque Zemlinsky fue un hombre que dejó cierta huella en mí¹⁸.

ESCENA 7. MAHLER. ENCUENTRO Y BODA

¿Estará usted contento de que lleguemos por fin a Gustavo Mahler, verdad? Lo suponía, es usted igual al resto de sus colegas. Parecería que lo único que les interesa de mi vida es la relación que tuve con Mahler. *(Pausa)* ¡Ah, el gran compositor del siglo XX! ¡El genio renovador de la música clásica! El famoso director de la Ópera de la Corte Imperial de Viena a quien dicen que yo engañé, torturé, exploté, y finalmente fui responsable de su muerte. Sí, esa Alma fue una joven ambiciosa, una harpía que lo sedujo con sus encantos, se casó con él y luego lo desacreditó sin piedad con sus amantes. Sí, eso es lo que se ha hablado de mí, y no se haga el tonto porque sé que para eso ha venido, ¿verdad? A usted le gustaría que le contara el escándalo o le confirme algún asqueroso rumor, ¿no es cierto? *(Pausa)* Pues a pesar de que hombres

¹⁸ Guarda con cariño la partitura o el metrónomo.

como usted pongan en duda mi versión, lo que le diré ahora no me lo he inventado hoy, allí están los diarios íntimos que escribí en esos años (*mostrando unos libros sobre la mesa*). Allí los tiene. Los haré publicar uno de estos días para ver si consigo callar a esos que, con la excusa de defender el poder patriarcal al que estamos sometidas, no dudan en calumniar a toda mujer que intenta destacar por sus propios medios. (*Silencio*) Escuche, yo estaba feliz con mi vida y el progreso que hacía en composición musical bajo la guía de mi maestro y rendido pretendiente Zemlinsky cuando recibo de mi querida amiga Berta una invitación a cenar junto a un grupo muy reducido de amigos en el que estaría Klimt, al que había dejado de amar pero no de admirar su pintura, y también otros pretendientes míos de la sociedad vienesa con quienes mantenía buena amistad. En esta ocasión el invitado especial sería Gustavo Mahler, el archifamoso director de la Ópera Imperial de Viena, quien por razones que nadie entendía esquivaba todo tipo de reuniones, pero con mi amiga Berta haría una excepción, quizá creo yo, porque era hija del dueño de un importante diario vienes. Esta vez Berta no me colocó junto a Mahler, sino algo lejos de él. (*Pausa*) A mí, la verdad no me impresionó su figura. Más bien me intrigaba todo de él. Me explicaré mejor: a veces parecía joven para sus 41 años. Otras veces sus facciones eran las de un hombre mucho mayor. (*Pausa*) Durante la cena no pude intercambiar palabra con él sino con el alegre grupo que me rodeaba y se divertía con algunas historias que les contaba. Apenas pasamos al salón, Mahler no dudó en acercarse a nosotros pidiendo que compartiéramos las historias que nos habían alegrado la cena. Entonces reparé en una característica de Mahler que siempre me intrigó: no sé qué le hacía moverse tanto, si no eran sus pies eran sus manos, o los hombros, o la cabeza. Estaba inquieto todo el tiempo. En una pequeña pausa, y ante el estupor de mis amigos, me atreví a preguntar al encumbrado y temido director de la Ópera Imperial por qué no había estrenado todavía la pieza de ballet que Zemlinsky le había enviado hacía varios meses. Sí, le pregunté por Zemlinsky, oiga, tenía que defender al hombre que me amaba tanto. Mahler dio unos pasos hacia mí y mirándome fijamente a los ojos me preguntó con cierto enfado: “¿Ha leído usted la partitura? Es muy mala”. Ante su cruda franqueza repliqué: “No creo que sea peor que la pieza que usted dirigió el sábado pasado”. Los amigos dieron un paso atrás y se desentendieron de nuestra

conversación. Posiblemente temían lo peor, pero no fue así, Mahler hizo un ademán para indicarme un salón próximo al que nos dirigimos. “Tiene usted toda la razón, efectivamente el ballet al que usted se refiere no fue nadabueno” me dijo, y con un amable gesto añadió: “Me alegra que haya tenido la sinceridad de decírmelo. La mayoría no se atreve a decirme a la cara las cosas que hago mal, algunos hasta las elogian”. Luego la conversación tomó otro giro y olvidé que estaba hablando con un respetable director. Es más, sentí que Mahler se interesaba honestamente por mis opiniones sobre los eventos culturales del momento. ¡Ah... qué feliz me sentí cuando regresé a casa! Mi madre me hizo repetir una y otra vez lo que habíamos conversado. Mahler era para ella y mi padrastro Carlos, un compositor excepcional, un genio. *(Pausa)* La sorpresa llegó a la mañana siguiente cuando recibí una carta perfumada, en ella Mahler me escribía un respetuoso poema de amor.

El acoso de Mahler me tomó por sorpresa, diariamente recibía cartas, poemas, invitaciones, flores. Ni en sueños podía yo creer que un hombre tan importante, de buen ver, y además soltero, me adorase locamente. *(Pausa)* Sin embargo, mi madre me advirtió desde el comienzo. Sí, me previno del riesgo de casarme con un hombre que casi me doblaba la edad y que, si bien era conocido por su talento, también se sabía de los malos modos que exhibía durante los ensayos¹⁹ donde con ostensibles gritos y toscos ademanes aterrorizaba a sus músicos. Es verdad también que después de las actuaciones, esos mismos músicos estaban felices con su interpretación y le aplaudían a rabiar. *(Pausa)* Otras objeciones fueron menos importantes para mí. Una de ellas, que era judío y que se había convertido al catolicismo solo para poder acceder al puesto de director de la Ópera, requisito ineludible en nuestro católico imperio austriaco. *(Pausa)* Ya, ya. Ya hablaremos sobre la acusación que me hacen de ser antisemita, sí, sí, le prometo hablar más adelante sobre los judíos. *(Pausa)* Bueno, las objeciones de mi madre y su marido estaban matizadas por la admiración que ambos tenían al talento musical de Mahler, así que en casa no hubo mayor oposición y luego de un breve romance nos intercambiamos los anillos de compromiso y a los cuatro meses de habernos conocido decidimos casarnos en la iglesia de San Carlos con solo

¹⁹ Alma puede tomar una batuta para remarcar el texto sobre Mahler.

la familia como invitada. *(Pausa)* Oiga, no se imagina la cobertura que tuvo nuestra boda. En Viena no se hablaba de otra cosa. Todo el mundo estaba feliz salvo algunos amigos de Mahler que me consideraban una coqueta oportunista. *(Pausa)* Creo que nunca ha habido en la Ópera un aplauso tan estruendoso²⁰ y largo como el que dieron a Mahler cuando salió a dirigir un concierto después de la boda. Él agradeció al público con una leve inclinación y luego apuntó su batuta hacia el palco donde yo estaba, entonces los aplausos arreciaron²¹.

ESCENA 8. MAHLER, PRIMEROS AÑOS

Desde el principio debí haber advertido la que se me venía encima, no sé sinceramente por qué me precipité en casarme, bueno sí lo sé, la personalidad efusiva de Mahler era embriagadora y quedé rendida a sus pies. Quizá por eso pasé por alto algunas advertencias bastante claras durante nuestro cortísimo noviazgo. Una de ellas aconteció solo a la semana de conocernos. Fue cuando le entregué las partituras²² de algunos *lieder* míos, Mahler las leyó de prisa y luego en un tono bastante seco me dijo que las composiciones eran correctas desde el punto de vista técnico pero les faltaba inspiración, espontaneidad y sin dar mayores explicaciones ni sustentar su dictamen se levantó y me invitó a cenar. A mí pareció esa actitud poco respetuosa, grosera, pero en ese momento callé no sé por qué. *(Pausa)* La otra advertencia que pasé por alto mientras éramos novios fue cuando estando él de gira por Alemania yo respondía brevemente a sus larguísimas cartas de amor; en ellas le decía que lo amaba mucho pero que no podía extenderme porque estaba ocupadísima con las clases que seguía tomando con Zemlinsky. Parece que eso le disgustó, no porque sintiera celos de mi profesor sino porque creía que yo debía abandonar la creación musical y dedicarme enteramente a él, ya que bajo mi inspiración y paz él lograría crear sus mejores sinfonías. *(Pausa)* ¿Se da cuenta de lo que me pedía? Sí, que renunciara a mi vocación musical y me

²⁰ Se oyen aplausos.

²¹ Suben el nivel de los aplausos y ella con sus manos sobre el corazón inclina con modestia su cabeza.

²² Coge unas partituras y las muestra al periodista. Luego las deja con desdén.

limitase a amarlo. ¿Cuál cree que fue mi reacción ante tal requerimiento? Pues no le di mucha importancia. Creí que una vez casados le haría cambiar de opinión. Sí, me pasó igual que a las mujeres que creen que después de la boda pueden cambiar los hábitos de los hombres. Estúpida decisión, el alcohólico seguirá siendo alcohólico y el jugador, jugador. En el caso de Mahler su amable tiranía hizo que una vez casados yo abandonara la creación musical. Eso fue muy triste, ¿verdad? (*Silencio*) ¿Quiere saber cómo fue mi vida durante los nueve años que estuve casada con el famoso compositor?, ¿de verdad que quiere saberlo? Pues los primeros cinco años mientras Mahler continuó como director de la Ópera Imperial nuestra vida en Viena seguía un estricto horario. Se levantaba muy temprano, tomaba un frugal desayuno a las 7 y subía a su despacho. A las 9 se iba a la Ópera. A²³ mediodía teníamos que estar atentos a la llamada de su secretaria, quien nos avisaba de que salía para casa a fin de que tuviéramos listo su almuerzo. Al llegar tocaba el timbre desde abajo, lo que indicaba que cuando llegase a nuestro piso su sopa estuviera sobre la mesa. La comida debía ser muy simple sin grasa ni condimentos. Durante la comida nadie podía hablar. Luego conversaba y jugaba un poco con las niñas y se marchaba nuevamente. A veces lo iba a recoger a la Ópera y regresábamos a casa directamente. Nunca íbamos al teatro ni a ningún otro evento cultural y raras veces aceptábamos invitaciones a cenar. ¿Qué hacía yo el resto del día? Pues dedicarme al hogar, a las niñas y sobre todo a poner en orden la economía comenzando por pagar la enorme deuda que Mahler venía arrastrando mes a mes. Mire, en cinco años no me compré ningún vestido. Recuerdo bien que no pude ir a la cena que ofrecían a un personaje importante porque no tenía un sombrero adecuado. Eso sí, Mahler encargaba sus zapatos a Inglaterra y sus trajes y camisas las confeccionaba uno de los mejores sastres vieneses. Oiga, no crea que Mahler era avaro o egoísta, no, no lo era. Pobre, si se hubiera dado cuenta de lo que hacía le hubiera dado mucha vergüenza. ¿Lo entiende usted? No lo creo. Se lo explicaré mejor: yo para Mahler era simplemente su ama de llaves o, a lo sumo, la madre de sus hijas. Por otro lado, detestaba todo lo que antes le gustaba de mí: desde la manera en que me vestía o peinaba, hasta la forma tan abierta y franca que

²³ Con voz nerviosa y hablando de prisa.

tenía para expresar mis opiniones. Nunca viajábamos, las vacaciones de verano las pasábamos en una casa a la orilla de un lago, donde la rutina era igual, salvo que en vez de ir a la Ópera, Mahler iba a una cabaña para componer sus sinfonías. Luego nadaba, corría, hacía bicicleta o largas marchas a las que estaba yo invitada. A eso lo llamaba el espléndido aislamiento. ¿Entiende usted lo que significaba espléndido aislamiento para una joven veinteañera? Para mí era un aburrimiento total, un tedio absoluto.

Oiga, no crea que me maltrataba ni montaba escenas para recluírme en casa. No, para él era natural que yo estuviese siempre a su disposición. Cuando terminaba su trabajo, me abrazaba cariñosamente y decía que mi silencio le había dado la calma necesaria para progresar en su creación musical, que yo era su musa, su inspiración, luego me mostraba con detalle el progreso de su sinfonía, lo que me alegraba mucho porque veía que se interesaba por la opinión que tenía sobre su obra. Entonces olvidaba del todo el sufrimiento y sentía que mi vida con él tenía sentido y que era un privilegio vivir con un genio musical²⁴. *(Pausa)* Eso sí, no le interesaba que habláramos sobre ningún otro compositor. Nuestra conversación era un monólogo perpetuo: él contándome su vida y yo escuchándolo sin atreverme a decir una palabra sobre la mía. *(Silencio)* Así transcurrieron mis primeros cinco años de casada, tristes y desolados, salvo la felicidad que me daban las dos niñas que tuvimos muy seguidas, la primera se llamó María, como su madre, y la segunda Ana, como la mía... *(Pausa)* En las pocas ocasiones que salíamos juntos, yo, por dignidad y orgullo, procuraba no mostrar ninguna pena. Me arreglaba lo mejor que podía y actuaba con la misma forma insinuante que tantos admiradores había conseguido. Mis formas se mantenían igual y seguían siendo apreciadas por mis incondicionales, de modo que no renuncié a mi hábito de no usar faja, sostén ni bragas.. *(Pausa)* Luego, al regresar a casa, Alma Mahler entraba en el convento al servicio del señor compositor. Nunca me he sentido peor en la vida, perdí interés por todo, no le miento, aquí está mi diario *(cogiendo un grueso cuaderno de la mesa, y buscando una fecha)*. Mire lo que escribí en esa época: "he decidido callarme, nada me consuela, ¿tocar piano para qué y para quién? Me siento incapaz para todo. He perdido el placer de vivir, me ha

²⁴ Se oye el final de la primera sinfonía y ella hace la conducción con una batuta que coge del piano.

cortado las alas". *(Pausa)* Yo tenía apenas veintitantos años. *(Se limpia la nariz)*.

ESCENA 9. MAHLER Y GROPIUS

¿No le ha pasado a usted que después de años en los que no pasa nada llega uno en que todo cambia? Pues eso nos pasó en 1907. En mayo forzaron a Mahler a renunciar a la dirección de la Ópera Imperial, en julio fallece nuestra hija María, días después encuentran que Mahler adolece de una seria enfermedad del corazón. Sin embargo, antes de que terminase ese aciago año una luz de esperanza apareció en mi vida. ¿Qué extraño, verdad? *(Pausa)* Lo de la renuncia de Mahler fue algo que se venía venir, muchos vieneses no podían aceptar que un judío, converso o no, hubiera logrado llevar la ópera al grado de esplendor y prestigio que ahora tenía. Lo acusaban de todo: que su programación era errática, que trataba en forma despótica a los músicos, que se ausentaba frecuentemente para dirigir en el extranjero. En fin, Mahler no tuvo otra opción que renunciar aceptando una generosa pensión del Estado en la que me incluyeron en caso de que Mahler falleciera. ¿Que yo exigí que me dieran esa pensión? Por favor, ¡qué chisme tan ruin!, en ese tiempo mi opinión no contaba para nada. Tampoco intervine en el jugoso contrato que Mahler firmó para dirigir durante varias temporadas la orquesta del Metropolitan de Nueva York. ¡Qué maravilla! Por fin podría salir de mi confinamiento vienes y de la rígida rutina de mi marido. Desgraciadamente esa alegría me duró pocas semanas, en verano mi hija María falleció a causa de la pandemia de difteria que azotaba a Europa, la niña tenía cinco años. Mahler tomó la pérdida como si fuese solo él quien la sufriera sin tener el menor gesto de compasión por mi dolor de madre, al revés, buscaba que yo lo consolase. Claro, mis fuerzas tenían un límite y un día caí extenuada. Fue entonces cuando, alarmados, llamaron a un médico que, luego de recetarme reposo y algunas medicinas, pasó a examinar a Mahler porque lo vi muy pálido y para sorpresa de todos encontró que su corazón no estaba bien. El asunto era serio, por lo pronto debía de cambiar de hábitos: no más bicicleta, natación, montañismo, ni siquiera caminatas. Si quería vivir un poco más debía dejar toda clase de ejercicios físicos. Fue un golpe muy duro para

él, ¿lo entiende usted, verdad? Claro, prácticamente lo declaraban inválido. Oiga eso es muy fuerte, en especial para un hombre que desbordaba energía. (*Pausa*) En fin, nuestra vida cambió totalmente, vendimos la casa de verano y me dediqué a organizar los viajes anuales a Nueva York, pasajes, maletas, hoteles, itinerarios, y las manías de Mahler: “pongan las partituras al fondo de esa maleta”, pues bien, deshicimos la maleta y las pusimos al fondo. Minutos más tarde: “para que no se estropeen mejor pongan las partituras en la mitad de la maleta”, bien, así lo hicimos. Poco antes de salir: “pongan las partituras al comienzo de la maleta para tenerlas a la mano”. ¿Se imagina usted todo ese trabajo? Y claro, eso en cada viaje. Barcos, trenes, limusinas, gente, entrevistas, hoteles, teatros, invitaciones, y Mahler triunfando en Nueva York²⁵ y en todas las ciudades a las que era invitado. Y yo detrás de él organizando su vida para que no tuviese la menor incomodidad. Placeres pocos, gente interesante y amable, ciudades modernas, grandes teatros con excelente acústica, espaciosos hoteles y gran servicio, ¿pero y yo?, ¿y mi vocación personal?, ¿y mi vida sentimental en qué rincón se escondía? ¿Y lo otro...? Sí, ¿y mi vida sexual...? Ah, veo que ahora me pone atención, ya hablaré de eso, tenga paciencia. (*Pausa*) Hubo, sin embargo, un momento en que sentí que todavía era atractiva. Fue gracias a un joven pianista ruso llamado Ossip a quien Mahler invitaba frecuentemente a la *suite* del hotel a tocar piano, luego él se retiraba muerto de sueño y nos dejaba solos. Pues sucedió lo que tenía que suceder: una hermosa noche mientras él tocaba²⁶ nuestras miradas se cruzaron con deseo. No tuvimos que decirnos nada, sentí su calor íntimo y le ofrecí el mío, nos besamos. Desde Klimt no había sentido un beso igual, una entrega, una pasión. Entendí que no estaba todo perdido, que todavía podía atraer a hombres, que yo era joven, que era mujer. (*Silencio*) Luego de darnos un respiro²⁷, Ossip me dijo que no podíamos hacer eso a Mahler, y lo entendí, yo tampoco podía ni remotamente pensar en dejar al hombre que tanto admiraba y quien dependía totalmente de mí. (*Pausa*) Reconozco que ese pequeño desliz dio a mi vida cierta esperanza que se hizo realidad cuando a

²⁵ Se escuchan aplausos de una multitud.

²⁶ Se oscurece. Luz tenue sobre el piano en el que toca el periodista. Más luz sobre ella que está admirándolo arrobada. Suena la *Appassionata* de Beethoven, tercer movimiento.

²⁷ Todo vuelve a la normalidad, luz y el periodista en su sillón.

los pocos años conocí a Walter Gropius. *(Pausa)* Fue algo inesperado, extraño, la pesadilla de mi vida se convirtió de pronto en un sueño. Resulta que ese año, después de la temporada en Nueva York, regresamos a Austria. Esta vez el estrés de mi arduo trabajo pasó factura, tenía frecuentes desvanecimientos e insufribles jaquecas. Los doctores que me vieron coincidieron en que debía descansar una buena temporada y, como habitualmente se hace en Europa, recomendaron que fuese a un balneario de aguas termales. Muy preocupado, Mahler estuvo de acuerdo. Él se quedaría componiendo su novena sinfonía en una linda casa de campo. *(Pausa)* Ah, qué bien me sentaron los primeros días en aquel balneario: baños termales, comida sana, masajes, sauna y un paisaje idílico para pasearse. Sin embargo, el doctor que supervisaba el tratamiento consideró que la paz y el descanso no eran suficientes para que recuperase mi lozanía y consideró que debía divertirme un poco, para ello suplicó a Walter Gropius, un joven arquitecto que estaba de vacaciones, que me invitara a bailar después de la cena. ¿Le tengo que contar más o ya se imagina todo? Bueno, abreviaré el asunto. Walter era un joven alemán de lo más guapo, alto, esbelto, cuatro años menor que yo. Oiga, después de Mahler todos los hombres que tuve fueron menores que yo, ¡ya estaba bien, no cree! *(Pausa)* Lo de Walter fue una pasión a primera vista. ¡Imagínese usted! Una mujer todavía joven, frustrada sexualmente, encontrarse un ejemplar de alto pedigrí como Walter Gropius. No, no se lo puede imaginar, usted es hombre. ¡Estaba en la gloria! Además de eso era inteligente, creativo y tenía un porvenir asegurado en la arquitectura. Por supuesto que pedí a Mahler quedarme más tiempo en el balneario, dos semanas no eran suficientes. Mahler estuvo de acuerdo pero envió a mi madre para que acompañara mi solitaria vida. ¿Cuál cree que fue la reacción de mi madre cuando llegó al balneario? Efectivamente, una madre siempre vela por la salud de su hija, y mi madre al ver que yo volvía a ser la Alma que algún día fue, dejó que mi relación con Walter continuara. ¡Vivan las madres comprensivas! *(Pausa)* Todo tiene un comienzo y un final. Luego de jurarnos amor eterno, tuve que regresar con Mahler y nos separamos físicamente, aunque seguimos escribiéndonos apasionadas cartas de amor.

ESCENA 10. GROPIUS Y FIN DE MAHLER

Luego todo se aceleró de un modo tan rápido y extraño que costaría trabajo recordarlo con veracidad si no fuera porque existen estas cartas²⁸ que algún día haré que salgan a la luz. Ahora escuche bien: a las pocas semanas de

mi regreso a casa, Walter Gropius envió una carta a mi esposo pidiéndole mi mano. ¡Sí, como lo oye!, mi amante pidió a mi marido permiso para casarse conmigo. (Pausa) Recuerdo bien esa noche, ¡como para no recordarlo! Cuando Mahler llegó a casa le esperaba una carta sobre la mesa, Mahler examinó con curiosidad el nombre del remitente y mientras leía su contenido puso tal cara de extrañeza que presentí algo horrible. Luego me la entregó sin comentarios para que la leyese. ¡Qué barbaridad! ¡Gropius se había vuelto loco! ¡Contarle todo a mi marido! Evidentemente yo no podía negarlo. Lo único que se me ocurrió decir fue que nunca había prometido abandonar a Mahler. La discusión fue tensa y en momentos casi violenta pero nos contuvimos y guardamos las formas. Agotados los argumentos nos retiramos desolados a nuestros respectivos dormitorios. Sí, siempre dormíamos en habitaciones separadas. (Pausa) Al día siguiente casi no nos vimos, pero al atardecer salimos a dar un pequeño paseo como era nuestra costumbre. Cuál no sería nuestra sorpresa, cuando a los pocos pasos, vimos a Walter Gropius merodeando por los alrededores. Ya anochece, Mahler se acercó a él y lo invitó a entrar en casa. ¡Qué escena, por Dios! Mi corazón estaba a punto de estallar. Ya en el salón, Mahler dijo que Gropius y yo debíamos ponernos de acuerdo, que él acataría nuestra decisión fuera cual fuera, y sin más se retiró a su habitación. ¿Se imagina usted mi situación...? Yo sinceramente no sabía qué hacer, la caballerosa actitud de Mahler me había partido el corazón. Por otro lado la pasión y arrojo de Gropius no hacían otra cosa que poner en evidencia su amor por mí. Nadie lo podía haber mostrado mejor, yo adoraba a ese apuesto e inteligente joven. Conversamos hasta el amanecer. Al final concluí que yo no podía abandonar a Mahler como tampoco podía dejar de amar a Walter. Él lo comprendió y a la mañana siguiente tomó el tren a Berlín enviándome amorosos telegramas desde cada estación en que paraba. Mahler por su cuenta había pasado la noche leyendo la Biblia y encomendándose a Dios.

²⁸ Muestra unos sobres en la mesa del escritorio.

(*Silencio*²⁹) Este bochornoso incidente obró un milagro: Mahler se dio cuenta de que yo existía, que no podía seguir tratándome como discípula, secretaria o gobernanta. Al fin apreció mi valía como persona y quiso cambiarlo todo, todo. Empezó a tocar al piano composiciones mías que antes había despreciado e hizo que se incluyeran en el repertorio de una famosa soprano de Nueva York. Más adelante me dedicó por primera vez una obra suya, la octava sinfonía. En las noches dejaba la puerta abierta de su dormitorio para escuchar mi respiración, en fin, se convirtió en un esposo atento y cariñoso. En ese momento parecía imposible pensar que fallecería siete meses después. Pero hubo algo que Mahler no pudo cambiar. Su apetito sexual, que nunca fue bueno, era inexistente desde hacía tiempo. Como ve, amigo, yo cumplo mi palabra: hablemos de sexo, aquí está mi diario, lo tengo aquí marcado³⁰, mire, todavía de novios, la primera vez que Mahler quiso penetrarme perdió fuerza y fue un fracaso total, a tal punto que tuve que darle ánimos para que lo intentara otro día. Ya casados hacíamos el amor muy de vez en cuando. Generalmente estando dormida él me despertaba y satisfacía sus deseos cuando yo no había acabado de abrir los ojos. Y le cuento todo esto no para escandalizarlo sino para darle un ejemplo de la determinación de Mahler a mejorar en todo, por eso no tuvo reparo en consultar de urgencia este aspecto con Freud que estaba en ese momento de vacaciones en Holanda. Pues hasta Holanda se fue Mahler y estuvo medio día a solas con el famoso psicoanalista. Freud me conocía y suponía las dificultades que podía tener una persona mayor al casarse conmigo. Pero Freud fue más allá y llegó a la conclusión de que Mahler buscaba en mí a su madre, una mujer sumisa, medio inválida que fue maltratada por su marido. El caso es que Mahler regresó con mejor ánimo aunque su apetito sexual sinceramente no mejoró a pesar de mi ayuda y la de Freud. (*Pausa*) Satisfecha su curiosidad creo que debemos continuar. Los siguientes meses fueron caóticos, aunque Mahler se empeñaba en respetar mi opinión y mis gustos, el peso de lo cotidiano seguía sobre mis hombros y yo, lo confieso, seguía llevando dentro de mí el cálido aliento de Gropius con quien mantenía una amorosa correspondencia. (*Pausa*) En ese último viaje hacia Nueva York, Mahler pasó antes por París para dar unos conciertos. Yo lo

²⁹ Ella acomoda cartas y archivos.

³⁰ Abre un grueso cuaderno.

alcanzaría allí después para luego tomar juntos el Queen Elisabeth en el puerto Le Havre. Antes, a modo de despedida, mi amado Gropius reservó un compartimiento de lujo en el tren Oriente Express que abordamos en Múnich. *(Pausa)* Fueron dos días de ensoñación en el tren que pasaron en un instante. Llegados a París confirmamos que nuestro amor era maravilloso, pero también que yo no podía dejar a Mahler, no solo porque él me necesitaba sino porque yo amaba su genio musical. Evidentemente no espero que usted, como hombre que es, me entienda. *(Pausa)* Llegados a Nueva York, Mahler inició de inmediato sus conciertos pero a los pocos días mostró un cansancio preocupante. Felizmente, habíamos hecho amistad con un eminente médico³¹ de origen austriaco llamado Joseph Fraenkel, acuérdesse bien el apellido, Fraenkel. Pues bien, el doctor vino a nuestra *suite* y le prescribió el máximo reposo y algunas medicinas e insistió en que Mahler se hiciera unos análisis de sangre. Por el momento Mahler tomó en serio solo las recomendaciones de reposo. Se levantaba poco antes de dirigir la orquesta y luego regresaba exhausto al hotel. Así pasaron algunas semanas hasta que finalmente le hicieron análisis de sangre cuyos resultados fueron concluyentes: Mahler tenía una grave infección en la membrana que envuelve al corazón, causada por estafilococos. Hoy con la penicilina eso se habría curado fácilmente, pero entonces nuestro doctor fue muy sincero, en Estados Unidos no había tratamiento para ello, Mahler tenía que regresar lo antes posible a Europa donde estaban más adelantados en el tratamiento de esa infección. Entonces con la mayor rapidez posible organicé nuestro regreso: barco, trenes, hoteles, médicos... Llegamos a París donde nos esperaba un especialista que hicellamar de Austria, el que después de examinar a Mahler meneó la cabeza y muy apesadumbrado nos dijo que había pocas esperanzas, que lo mejor era llevarlo a Viena. Y así lo hicimos. Mahler se nos fue dulcemente casi al llegar. *(Silencio)* Fue tal mi dolor por su partida que no quise saber nada sobre este mundo y menos sobre Walter Gropius. Me refugié varios meses en casa de mi madre, en la que solo recibí al doctor Fraenkel, el médico de Mahler, quien vino desde Nueva York ¡para ofrecerme matrimonio!

32

³¹ Coge un estetoscopio.

³² Se oyen fragmentos del último movimiento de la Primera sinfonía de Mahler.

ESCENA 11. VARIOS/ KOKOSCHKA /GROPIUS

Usted no se puede imaginar el insondable vacío en que me encontré tras la muerte de Mahler³³. Me sentí perdida. Los nueve años dedicados exclusivamente a él me habían hecho olvidar que alguna vez había tenido vida propia, ¿me entiende usted? Sí, había olvidado que alguna vez fui alguien. Mahler había ocupado toda mi existencia y su desaparición me desorientó tanto que no me interesó seguir viviendo. Ni los cuidados de mi madre pudieron librarme de tales pensamientos, enfermé y no hice nada por curarme. Dios mío, en esos meses la única alegría que tenía era pensar que pronto lo acompañaría en el cementerio. Me encerré y no quise ver a nadie. (*Pausa*) Así fueron pasando los días, las semanas, los meses, hasta que una tarde me atreví a tocar otra vez el piano, y a partir de allí lo hice de manera obsesiva todos los días porque sentía que la música comenzaba a recobrar a esa Alma que algún día fue³⁴. (*Pausa*) Dentro de las cartas de condolencia por responder estaban las de Gropius ¿se acuerda usted de él?, el arquitecto, mi amante del balneario. Pues bien, le permití que me visitara. Nuestro reencuentro amoroso fue decepcionante y no fue culpa de él, yo no estaba todavía lista para ello. Lo amaba pero necesitaba tiempo para desearlo. Pobre Gropius, nuestra posterior correspondencia bajó su tono erótico y se limitó a lo cortés. (*Pausa*) Luego me sentí obligada a ir a estrenos pendientes de la obra de Mahler, como su novena sinfonía. Lo sorprendente fue que en esas salidas y alguna que otra recepción a la que acudí, desperté un interés inusitado en amigos que hasta entonces habían guardado una prudente distancia sentimental. Además del doctor Fraenkel, ¿lo recuerda? Sí señor, el médico que trató a Mahler en Nueva York y que luego vino a proponerme matrimonio; bien, pues además de él otros más se lanzaron a conquistarme: primero fue un eminente biólogo que con el pretexto de que lo ayudara en su laboratorio³⁵ quiso tenerme cerca para declararme su rendido amor. Decía estar loco por mí y llegó al extremo de mostrarme la pistola con la

³³ Se pone una mantilla negra en la cabeza.

³⁴ Se escucha Bach. Concierto de piano. Partita N° 1 en Si bemol mayor 825 II Allemande Praeludium

³⁵ Símbolo. Puede ser un microscopio o un *rack* de pipetas de laboratorio.

que decía se suicidaría si lo rechazaba. ¿Se imagina usted el cargo de conciencia que me hubiera causado? Sí, terrible. Como se imaginará no tuve más remedio que contarle eso a su esposa y terminé mi relación con él. Luego hubo un compositor³⁶ a quien le ofrecí mi amistad y apoyo en su carrera y él creyó que le ofrecía mi cuerpo. Por causas similares tuve que romper mi amistad con el director del coro de la Ópera³⁷, gran persona pero nada más. Más adelante tuve que despachar de la mejor manera posible a un amigo coleccionista de arte. En fin, tenía que andar con mucho cuidado para evitar que mis gestos y la atención que ponía yo cuando los hombres exponían sus ideas y proyectos, se confundieran con un interés romántico o carnal. ¿Es que una mujer guapa no puede ser simplemente amiga o admiradora de un hombre, o es necesario que tenga que acostarse con él? (*Silencio*) La ironía de la vida hizo que al poco tiempo mis promesas y reflexiones cayeran en saco roto. Sí, yo, la misma que se prometió ser cuidadosa en no alentar equívocos intereses en los hombres tuve que tragarme mis propósitos cuando conocí a Oskar Kokoschka. Fue un amor apasionado, total, íntegro, carnal hasta más no poder aunque no exento de mi admiración por su genio artístico. Kokoschka decía que la vida era una continua lucha entre lo mental y lo sexual, donde lo sexual siempre ganaba, y no se equivocó: en los tres años que estuve con él satisficé los sueños eróticos más exigentes que una puede tener. (*Pausa*) Todo comenzó una tarde en la que mi padrastro sugirió que me retratara un joven pintor ya conocido por su rebeldía y genio, que había sido recientemente expulsado de la Escuela de Arte de Viena por indisciplinado, pero acogido por algunos artistas innovadores. Yo accedí al pedido de mi padrastro y posé para ese joven mal vestido, peor calzado y de toscos ademanes, pero con unos ojos tan hermosos que te hacían soñar. Pasados unos minutos de posar que se me hicieron eternos, lo invité a que continuara sus bocetos mientras yo tocaba el piano en mi estudio³⁸. Y fue así como después de hacer unos cuantos trazos en su cuaderno, Kokoschka me miró arrobado y se me fue acercando, como si yo fuera una dulce aparición... Yo no supe qué hacer y me levanté del piano.

³⁶ Amplia partitura musical.

³⁷ Otra partitura musical.

³⁸ Disminuyen las luces. Tenue haz de luz sobre ella cuando se sienta en el piano, y él se va acercando poco a poco mientras se oye muy bajo el final de la Appassionata de Beethoven

Sorpresivamente, Kokoschka dejó caer su cuaderno y me abrazó con ternura y firmeza. Yo no respondí en absoluto a su acción pero tampoco lo rechacé. En el fondo me sentía halagada. Él, en cambio, se sintió rechazado y lanzando un doloroso gemido salió corriendo³⁹ de casa. *(Pausa)* Como se puede imaginar, el incidente me dejó bastante perpleja, no había duda de que el joven tenía su atractivo... Antes de ir a dormir, mientras le daba vueltas a lo sucedido y recordaba la presión amorosa de sus brazos, me entregaron la carta de amor más bella que he recibido. Todavía la guardo. *(Pausa)* El caso es que me rendí y entregué totalmente a ese jovencito siete años menor quien me hizo sentir la mujer que yo llevaba dentro. Fue maravilloso. ¿Se lo imagina usted? No, un hombre no podría entenderlo. *(Pausa)* Salvo la corta etapa con Gropius en aquel balneario, mi vida sexual había sido frustrante. Tener ahora totalmente disponible a un insaciable Kokoschka hacía realidad el sueño de cualquier mujer necesitada. A eso se añadía que mi amante era un genio todavía incomprendido de la pintura y que yo podía ayudarlo tanto económicamente como vocacionalmente para que encontrase el camino al éxito. *(Pausa)* Una relación tan fogosa y apasionada estaba condenada al fracaso. La obsesión que tenía Kokoschka por mí era asfixiante, me pintaba todo el tiempo y cuando no me pintaba hacíamos el amor. Casi no salía de casa, salvo en un par de ocasiones en las que fui a París con mi amiga Lili y no se imagina el escándalo que armó a mi regreso. Comprenderá que eso tenía un límite, yo necesitaba respirar, recuperar a mis amigos y mi vida cultural. Kokoschka se oponía a estas libertades y quería casarse conmigo lo más pronto posible. Un día, luego de tanta insistencia le dije que me casaría cuando pintase una obra maestra. ¡Para qué le prometería eso! Se encerró días en su estudio y pintó “La novia del viento”, donde en medio de una tormenta estoy yo, serena, muy ligera de ropas, recostada sobre Kokoschka vestido de mala manera y con el rostro desconcertado. Efectivamente, “La novia del viento” fue reconocida como una obra maestra del expresionismo, pero mi amor por Kokoschka había acabado cuando, después de una agria discusión, decidí abortar un hijo suyo. Él no estaba preparado para ser padre y yo tampoco. Lo que Alma quería entonces era un amor sereno, sin sobresaltos ni exageraciones, un amor sólido desde sus cimientos y eso no me lo podía dar Kokoschka. *(Pausa)* Vino la Primera Guerra Mundial, el Imperio austrohúngaro se alió con Alemania y Kokoschka tuvo que enrolarse para luchar contra Rusia. Por su lado, Gropius se fue a luchar por Alemania contra Francia. Ambos fueron heridos en sus respectivos frentes. Yo

opté por visitar a Gropius y me casé con él en Berlín. Kokoschka tardó en olvidarme. ¡Yo, nunca!

³⁹ Regresa la luz y el periodista vuelve a su sillón.

!

ESCENA 12. FRANZ/ JUDÍOS/FINAL

Durante la Primera Guerra Mundial la vida en Viena no cambió mucho. En ese tiempo las batallas se luchaban lejos de las ciudades y los aviones no eran una amenaza. Los teatros, la ópera, las exposiciones seguían atrayéndome y Manon, mi reciente hija con el arquitecto Gropius, no impidió que continuara recibiendo en casa a poetas, compositores y escritores. Fue así como conocí a un joven llamado Franz Werfel cuyas poesías me habían cautivado tanto que antes de conocerlo había puesto música a uno de sus poemas. Franz tenía una mirada tierna, pura, y unos labios sensuales que daban ganas de morderlos. Sin embargo lo que más me atraía era su dulce y cordial conversación. Además, a diferencia de mi esposo Gropius, a Franz le encantaba la música. Cantaba con tanta ternura que me hacía perder la cabeza cuando lo acompañaba al piano. Por supuesto que dudé si lo debía seducir, Franz tenía 27 años y yo cerca de 40. ¡Va, qué importa! La vida es irrepetible: ese joven tenía que ser mío. Pocos días después, al salir de un concierto, Franz me trajo a casa y dejé que creyera ser él el que tomaba la iniciativa para besarme y hacer lo demás... ¿Lo entiende usted, verdad? *(Pausa)* Como habrá visto en ese momento mi situación sentimental era muy complicada, amaba al arquitecto Gropius, pero él seguía en la guerra y sus permisos para visitarme eran escasos. Por otro lado Kokoschka no se daba por vencido y seguía loco por mí: figúrese que para consolarse encargó al mejor fabricante de muñecas de Alemania hacer una de tamaño natural parecida a mí a la que le compró ropa y calzado como los que yo solía llevar. Conversaba con la muñeca en el salón de su casa y la llevaba a pasear en coche por la ciudad.

Dicen que una vez la llevó al teatro. ¿Se imagina usted eso? (Pausa) Una noche Kokoschka invitó a sus amigos a celebrar mi cumpleaños con la muñeca y contrató a una orquesta de cámara para que tocara la música que a mí me gustaba. La ruidosa fiesta acabó con una borrachera generalizada, la pobre muñeca destrozada en el jardín y la policía entrando en casa de Kokoschka creyendo que me habían asesinado, ¡Ja, ja, ja! El amor de Kokoschka siempre fue espectacular, hasta ahora recibo sus felicitaciones por mi cumpleaños. (Pausa) Entonces vino lo peor, quedé nuevamente encinta, esta vez creo que del poeta Franz. ¡Qué situación tan incómoda! No sabía qué hacer. Para mayor desgracia, mi embarazo fue malo y terminó peor cuando me llevaron de emergencia al hospital donde prematuramente nació Martín con una malformación cerebral que le ocasionó la muerte poco después. ¡Pobre angelito mío! Por complicaciones posteriores al parto mi vida también corría peligro, los médicos no podían controlar la fiebre ni la hemorragia. Deprisa llegó mi esposo Gropius del frente de batalla e inmediatamente se dio cuenta de la situación. (Pausa) ¡Ah..., qué noble carácter el de mi esposo! Lo que más le preocupó no fue que lo hubiese engañado con Franz sino que mi vida pendiera de un hilo. Felizmente me recuperé y todo se arregló con caballerosidad y elegancia, Gropius reconoció al sietemesino como hijo suyo y me dio el divorcio con la única condición de que llevara a nuestra hija a visitarlo frecuentemente. ¡Qué *gentleman!*, ¿no cree usted? Ya no hay hombres así. (Pausa) Por cierto, el futuro de Gropius no me preocupaba, muchas mujeres estarían encantadas de verlo libre de mí, era un hombre atractivo, sólido, brillante y con ideas avanzadas sobre la arquitectura en las que yo honestamente no estaba interesada. En eso estábamos igual, Gropius tampoco había mostrado mucho interés por la música. En cambio con mi joven poeta Franz compartía a tal extremo el amor por la música clásica y la literatura que podría decirle que mi adulterio fue (*alzando la voz*) más bien místico, espiritual. Pocas veces me había sentido tan bien acompañada. (Pausa) Usted se preguntará por qué demoré once años en casarme con Franz. No, no crea porque era judío, no, no, su raza no me importaba. A propósito, recuerdo que le prometí hablarle sobre los judíos, pues bien, vea que cumplo mi palabra. Sí, ya sé que muchas personas han escrito sobre mi supuesto antisemitismo, ¡qué barbaridad! Sobre este asunto no quiero mentirle, es verdad que de vez en cuando habré

expresado algún, digamos insulto o broma sobre los judíos, es más, quizá habré escrito algo como que “nunca están contentos ni disfrutan lo que hay porque siempre desean otra cosa” ¡pero hombre de Dios!, de allí a que sea antisemita hay un buen trecho. Ah..., también es verdad que habré soltado alguna palabrota sobre judíos, como cuando Freud en vez de enviarme una carta de condolencia por la muerte de Mahler me envió una factura por sus servicios. Pues bien, esas desafortunadas expresiones, no quieren decir que sea xenófoba. A quién no se le escapa un chascarrillo o una crítica, por ejemplo sobre alemanes o sobre ingleses. ¿Acaso no sabe usted algún chiste de polacos o de gallegos? ¡Por favor...!, lo que pasa es que después del Holocausto los judíos se han vuelto muy sensibles, y con mucha razón claro está, pero decir que soy antisemita es una barbaridad. Mire usted, Mahler, mi primer marido, era judío y no fui yo quien lo convenciera de convertirse al catolicismo porque cuando lo conocí ya era un ferviente católico, figúrese que cada vez que pasaba por una iglesia entraba a rezar, ¡qué manía, por Dios! También Zemlinsky, aquel profesor de composición de mi juventud que se enamoró de mí, tenía origen judío. Judío también era el joven pianista ruso Ossip, aquel que me besó mientras Mahler dormía, y no se olvide de que el médico que cuidó de Mahler en Nueva York y que a su muerte quiso casarse conmigo también era judío como judíos fueron tantos pretendientes y amigos que tuve, y no solo ellos, también ellas. Mire, las tres mejores amigas que he tenido han sido judías: Berta, la que me presentó a Mahler era judía, Lili, la que me acompañaba a París cuando Kokoschka me daba un respiro, era judía. Mi otra amiga, la italiana Margaretha Sarfatti, que en un tiempo fue amante de Mussolini, era judía. Es que en esos tiempos la vida cultural de Viena estaba copada en buena parte por judíos y era inevitable alternar con ellos a pesar de las furibundas críticas racistas. Yo misma, siendo católica, sufrí en carne propia por mi relación con judíos. Recuerdo una vez que el célebre pintor Kandinsky me insultó diciendo que yo era sirvienta de judíos. Ah, también la madre de Gropius se opuso a mi boda con su hijo porque yo era viuda del judío Mahler. *(Pausa)* Escuche, para amar siempre me ha tenido sin cuidado la raza o religión de los hombres, por eso, después de resistir 11 años los ruegos de Franz, me casé con él a pesar de que era el peor momento para hacerlo con un judío: en Austria el partido nazi había tomado fuerza y Hitler desde

Alemania había comenzado a perseguirlos. No solo se quemaron libros de autores judíos sino también de todo aquel que era sospechoso de corromper según ellos la cultura aria, fuese judío o no. También quemaron 4000 cuadros de pintores que consideraban decadentes o inmorales como los de Klimt o de Kokoschka. Asimismo prohibieron los conciertos de compositores judíos como Mahler o Mendelssohn. Ante este panorama y la inminente anexión de Austria a Alemania, decidimos huir, como lo habían hecho antes Kokoschka, Gropius, Thomas Mann, que sin ser judíos fueron igualmente perseguidos por sus ideas vanguardistas. *(Pausa)* Así pues, dejé a mi Franz escribiendo en Italia y fui a Viena a sacar todo el dinero del banco que, escamoteado en vendas quirúrgicas, envié a Suiza. Tenía que huir, yo estaba marcada por los nazis y seguramente me enviarían al holocausto como enviaron a mi querida amiga Lili que tardó en escapar. Pobrecita Lili, ¡cuánto lloré su muerte! *(Pausa)* No, usted ni nadie que no haya vivido allí puede sentir lo que se siente cuando uno es perseguido por su color, raza o religión. *(Pausa)* En fin, no le voy a relatar todas las penurias que pasamos para venir a América. Fue terrible, durante meses recorrimos media Europa con los nazis pisándonos los talones hasta que llegamos a París creyendo que estábamos a salvo, pero no, París cayó y tuvimos que seguir huyendo en busca de algún puerto francés por donde embarcar a América. ¡Ni en las peores pesadillas se puede uno imaginar lo que es la vida del expatriado! Todo consistía en pagar silencios y favores para conseguir algo que comer, un sitio donde dormir o un transporte para seguir huyendo. A veces ni con eso se facilitaba la huida. Finalmente, cuando exhaustos y muertos de miedo estábamos a punto de abandonar nuestras esperanzas llegamos a Lourdes. Allí Franz, judío como era, prometió a la Virgen María que si nos ayudaba a llegar a América él escribiría un libro sobre sus apariciones a la campesina Bernadette. Oiga, que no influí yo en eso, fue él mismo a quien se le ocurrió la idea. Lo cierto es que la Virgen nos ayudó a cruzar a pie los Pirineos, llegar a España y de allí a Portugal para embarcarnos en el último vapor con destino a Nueva York. Franz cumplió su promesa: su libro *La canción de Bernadette* fue un *best seller* que le abrió las puertas de Hollywood donde filmaron una preciosa película basada en su libro. Lástima que Franz no pudiera saborear mucho tiempo sus triunfos literarios; a pesar de mis cuidados, un problema al corazón que venía arrastrando varios años acabó

con su vida. Era joven todavía, tenía 54 años. Felizmente antes de morir se enteró de la caída de Hitler y la vuelta a la paz en el mundo. (*Silencio, mientras el periodista toma nota en su cuaderno.*) Bueno, eso es todo caballero, a no ser que tenga alguna pregunta. ¿No? Piénselo bien, porque no creo que nos volvamos a ver. (*Silencio*) Ah... quizá le interese saber que durante los casi 28 años que estuve con Franz le fui bastante fiel. No, no, no cuenta la aventura que se me atribuye con el... con el... le llamaremos “Monseñor H”, los secretos de la confesión son sagrados y solo a Dios rendiré cuentas. Lo que sí creo que me es permitido declarar es que conocí a Monseñor H durante una recepción que ofrecí en mi casa a la prelatura de la iglesia vienesa. En ella entablé una agradable charla con “Monseñor H”, un eminente teólogo de agradable conversación y buena presencia, a quien consideraban que algún día sería sucesor del actual cardenal. A partir de esa tarde establecimos una gran amistad. “Monseñor H” venía frecuentemente a casa, en especial cuando Franz se confinaba en Italia para escribir. “Monseñor H” era una persona a quien yo podía confiar mis dudas, debilidades y pecados. Él entendía todo a pesar de que nunca había tenido relaciones carnales con otra mujer. ¿Qué...? ¡Qué cómo me enteré yo de las intimidades del monseñor! Pues mire usted, ya le he dicho que soy fiel guardiana del sacramento de la confesión y seguramente él también, por eso fue tan difícil defendernos de las maledicciones de la sociedad vienesa que finalmente logró que “Monseñor H” colgara la sotana y yo no volviera a verle.

Bueno, señor periodista, si no tiene otra pregunta creo que podemos dar por terminada la entrevista... Espere, espere... Oiga, ¿estaría usted interesado en ayudarme a escribir mis memorias? Quisiera pasar mis últimos años recordando a las personas que amé con locura y serví con cariño a pesar de que ninguna de ellas se llegó a interesar por mi vocación musical. Pero así es la vida, no siempre se cosecha todo lo que una siembra. En cualquier caso desearía que las memorias que usted y yo vayamos a escribir sirviesen para que me recuerden no por ser la esposa de, ni la amante de y menos por haber sido la musa de. Quisiera en todo caso que se me recuerde como una mujer apasionada que responde al nombre de Alma, Alma Schindler que es el apellido de mi querido padre. O en todo caso por el nombre con el que me llamaba Kokoschka: “Alma, la novia del viento” (*ráfagas de viento levantan*)

las hojas de papel de las mesas. Alma arroja más hojas a aire. El periodista se pone de pie, la toma del brazo y con sentimiento dice levantando la voz: Sí, sí, Alma, Alma. “La novia del viento”

TELÓN